

➤ *Corpus Christi (2013). El significado de la procesión con el Santísimo por las calles de la ciudad. El sentido profundo de la fiesta es mantener el estupor ante un misterio de la fe. La fuerza del sacramento de la Eucaristía va más allá de los muros de nuestras Iglesias. En este sacramento, el Señor se encuentra siempre en camino hacia el mundo. Encomendamos estas calles, estas casas, nuestra vida cotidiana, a su bondad. El Corpus Christi constituye una renovación del misterio del Jueves santo, para obedecer a la invitación de Jesús de "proclamar desde los terrados" lo que él dijo en lo secreto. Lo que los Apóstoles recibieron en la intimidad de la última Cena estaba destinado a todos, al mundo entero. Junto a esa procesión solemne de este jueves, debe estar la procesión callada y sencilla, de la vida corriente de cada cristiano, hombre entre los hombres, pero con la dicha de haber recibido la fe y la misión divina de conducirse de tal modo que renueve el mensaje del Señor en la tierra.*

1. Llevamos a Cristo, presente en la figura del pan, por las calles de nuestra ciudad. Encomendamos estas calles, estas casas, nuestra vida cotidiana, a su bondad. ¡Que nuestras calles sean calles de Jesús! ¡Que nuestras casas sean casas para él y con él! Que en nuestra vida de cada día penetre su presencia.

Cfr. Benedicto XVI, Homilía el día del Corpus Christi del 26 de mayo de 2005. Tras la celebración de la Eucaristía en la plaza de la Basílica de San Juan de Letrán, presidió la procesión hasta la Basílica de Santa María la Mayor.

(...)

❖ El Señor «irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis» (Mateo 28, 7).

o **En Israel, Galilea era considerada como la puerta al mundo de los paganos.**

▪ **La verdadera meta de nuestro camino es la comunión con Dios, pero sólo podemos subir a esta morada caminando «hacia Galilea», caminando por los caminos del mundo, llevando el Evangelio a todas las naciones, llevando el don de su amor a los hombres de todos los tiempos.**

• El Señor ha resucitado y nos precede. En las narraciones de la Resurrección se da un rasgo común y esencial; los ángeles dicen: el Señor «irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis» (Mateo 28, 7). (...) En Israel, Galilea era considerada como la puerta al mundo de los paganos. Y, en realidad, precisamente en Galilea, encima del monte, los discípulos ven a Jesús, el Señor, que les dice: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mateo 28, 19). (...) La verdadera meta de nuestro camino es la comunión con Dios, Dios mismo es la casa de las muchas moradas (Cf. Juan 14, 2 y siguientes). Pero sólo podemos subir a esta morada caminando «hacia Galilea», caminando por los caminos del mundo, llevando el Evangelio a todas las naciones, llevando el don de su amor a los hombres de todos los tiempos. Por ello, el camino de los apóstoles se ha extendido por «los confines de la tierra» (Cf. Hechos 1, 6 y siguientes); de este modo san Pedro y san Pablo llegaron hasta Roma, ciudad que entonces era el centro del mundo conocido, auténtica «caput mundi».

o **La procesión del Corpus Christi responde simbólicamente al mandato del Resucitado: os precedo en Galilea. Id hasta los confines del mundo, llevad el Evangelio al mundo.**

▪ **La fuerza del sacramento de la Eucaristía va más allá de los muros de nuestras Iglesias. En este sacramento, el Señor se encuentra siempre en camino hacia el mundo.**

Llevamos a Cristo, presente en la figura del pan, por las calles de nuestra ciudad. Encomendamos estas calles, estas casas, nuestra vida cotidiana, a su bondad. ¡Que nuestras calles sean calles de Jesús! ¡Que nuestras casas sean casas para él y con él! Que en nuestra vida de cada día penetre su presencia.

• (...) La procesión del Corpus Christi responde simbólicamente al mandato del Resucitado: os precedo en Galilea. Id hasta los confines del mundo, llevad el Evangelio al mundo. Ciertamente la Eucaristía, para la fe, es un misterio de intimidad. El Señor ha instituido el Sacramento en el Cenáculo, circundado por su nueva familia, por los doce apóstoles, prefiguración y anticipación de la Iglesia de todos

los tiempos. Por ello, en la liturgia de la Iglesia antigua, la distribución de la santa comunión se introducía con las palabras: «Sancta sanctis», el don santo está destinado a quienes han permanecido santos. Se respondía así a la advertencia dirigida por san Pablo a los corintios: «Examínesse, pues, cada cual, y coma así el pan y beba del cáliz...» (1 Cor 11, 28). Sin embargo, de esta intimidad, que es un don sumamente personal del Señor, la fuerza del sacramento de la Eucaristía va más allá de los muros de nuestras Iglesias. En este sacramento, el Señor se encuentra siempre en camino hacia el mundo. Este aspecto universal de la presencia eucarística se muestra en la procesión de nuestra fiesta. Llevamos a Cristo, presente en la figura del pan, por las calles de nuestra ciudad. Encomendamos estas calles, estas casas, nuestra vida cotidiana, a su bondad. ¡Que nuestras calles sean calles de Jesús! ¡Que nuestras casas sean casas para él y con él!

o La procesión quiere ser una bendición grande y pública para nuestra ciudad: Cristo es, en persona, la bendición divina para el mundo.

- Que en nuestra vida de cada día penetre su presencia. Con este gesto, ponemos ante sus ojos los sufrimientos de los enfermos, la soledad de los jóvenes y de los ancianos, las tentaciones, los miedos, toda nuestra vida. La procesión quiere ser una bendición grande y pública para nuestra ciudad: Cristo es, en persona, la bendición divina para el mundo. ¡Que el rayo de su bendición se extienda sobre todos nosotros!

o En la procesión del Corpus Christi respondemos también a su mandato: «Tomad y comed... Bebed todos».

- **El objetivo de esta comunión es la asimilación de mi vida con la suya, mi transformación y configuración con quien es Amor vivo.**

Por ello, esta comunión implica la adoración, implica la voluntad de seguir a Cristo, de seguir a quien nos precede.

- En la procesión del Corpus Christi, acompañamos al Resucitado en su camino por el mundo entero, como hemos dicho. Y, de este modo, respondemos también a su mandato: «Tomad y comed... Bebed todos» (Mateo 26, 26 y siguientes). No se puede «comer» al Resucitado, presente en la forma del pan, como un simple trozo de pan. Comer este pan es comulgar, es entrar en comunión con la persona del Señor vivo. Esta comunión, este acto de «comer», es realmente un encuentro entre dos personas, es un dejarse penetrar por la vida de quien es el Señor, de quien es mi Creador y Redentor. El objetivo de esta comunión es la asimilación de mi vida con la suya, mi transformación y configuración con quien es Amor vivo. Por ello, esta comunión implica la adoración, implica la voluntad de seguir a Cristo, de seguir a quien nos precede. Adoración y procesión forman parte, por tanto, de un único gesto de comunión; responden a su mandato: «Tomad y comed».

o Nuestra procesión acaba ante la Basílica de Santa María la Mayor, en el encuentro con la Virgen: María, la Madre del Señor, nos enseña realmente lo que es entrar en comunión con Cristo. Que Ella nos ayude a abrir cada vez más todo nuestro ser a la presencia de Cristo

- Nuestra procesión acaba ante la Basílica de Santa María la Mayor, en el encuentro con la Virgen, llamada por el querido Papa Juan Pablo II «mujer eucarística». María, la Madre del Señor, nos enseña realmente lo que es entrar en comunión con Cristo: María ofreció su propia carne, su propia sangre a Jesús y se convirtió en tienda viva del Verbo, dejándose penetrar en el cuerpo y en el espíritu por su presencia. Pidámosle a ella, nuestra santa Madre, que nos ayude a abrir cada vez más todo nuestro ser a la presencia de Cristo para que nos ayude a seguirle fielmente, día tras día, por los caminos de nuestra vida. ¡Amén!

❖ El Corpus Christi constituye una renovación del misterio del Jueves santo, para obedecer a la invitación de Jesús de "proclamar desde los terrados" lo que él dijo en lo secreto. Lo que los Apóstoles recibieron en la intimidad de la última Cena estaba destinado a todos, al mundo entero.

Cfr. Benedicto XVI, Homilía en la Solemnidad del Corpus Christi, 7 de junio de 2007, Ciclo C. Basílica de San Juan de Letrán Jueves 7 de junio de 2007

La celebración eucarística de esta tarde nos remonta al clima espiritual del Jueves santo, el día en que Cristo, en la víspera de su pasión, instituyó en el Cenáculo la santísima Eucaristía. Así, el Corpus Christi constituye una renovación del misterio del Jueves santo, para obedecer a la invitación de Jesús de "proclamar desde los terrados" lo que él dijo en lo secreto (cf. Mt 10, 27).

El don de la Eucaristía los Apóstoles lo recibieron en la intimidad de la última Cena, pero estaba destinado a todos, al mundo entero. Precisamente por eso hay que proclamarlo y exponerlo abiertamente, para que cada uno pueda encontrarse con "Jesús que pasa", como acontecía en los caminos de Galilea, de Samaria y de Judea; para que cada uno, recibéndolo, pueda quedar curado y renovado por la fuerza de su amor.

Queridos amigos, esta es la herencia perpetua y viva que Jesús nos ha dejado en el Sacramento de su Cuerpo y su Sangre. Es necesario reconsiderar, revivir constantemente esta herencia, para que, como dijo el venerado Papa Pablo VI, pueda ejercer "su inagotable eficacia en todos los días de nuestra vida mortal" (Audiencia general del miércoles 24 de mayo de 1967).

2. El culto de adoración de la Eucaristía durante la Misa y también fuera de su celebración: Catecismo de la Iglesia Católica

• n. 1378: El culto de la Eucaristía. En la liturgia de la misa expresamos nuestra fe en la presencia real de Cristo bajo las especies de pan y de vino, entre otras maneras, arrodillándonos o inclinándonos profundamente en señal de adoración al Señor. «La Iglesia católica ha dado y continua dando este culto de adoración que se debe al sacramento de la Eucaristía no solamente durante la misa, sino también fuera de su celebración: conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión» (Mysterium fidei 56).

3. "En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis" (Juan 1,26)

Cfr. Raniero Cantalamessa, Homilía, Corpus 06 – cf. Zenit 16 junio 2006

El sentido profundo de la fiesta

es mantener el estupor ante un misterio de la fe.

❖ Historia de la solemnidad

Creo que lo más necesario que hay que hacer en la fiesta del *Corpus Domini* no es explicar tal o cual aspecto de la Eucaristía, sino reavivar cada año estupor y maravilla ante el misterio. La fiesta nació en Bélgica, a principios del siglo XIII; los monasterios benedictinos fueron los primeros en adoptarla; Urbano IV la extendió a toda la Iglesia en 1264, parece también que por influencia del milagro eucarístico de Bolsena, hoy venerado en Orvieto.

❖ Una solemnidad para evitar un peligro: el de acostumbrarse a la presencia del Señor entre nosotros y dejar de hacerle caso. Por el contrario, el sentido profundo de la fiesta es mantener el estupor ante un misterio de la fe.

¿Qué necesidad había de instituir una nueva fiesta? ¿Es que la Iglesia no recuerda la institución de la Eucaristía el Jueves Santo? ¿Acaso no la celebra cada domingo y, más aún, todos los días del año? De hecho, el *Corpus Domini* es la primera fiesta cuyo objeto no es un *evento* de la vida de Cristo, sino una *verdad* de fe: la presencia real de Él en la Eucaristía. **Responde a una necesidad: la de proclamar solemnemente tal fe; se necesita para evitar un peligro: el de acostumbrarse a tal presencia y dejar de hacerle caso, mereciendo así el reproche que Juan Bautista dirigía a sus contemporáneos: «¡En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis!».**

Esto explica la extraordinaria solemnidad y visibilidad que esta fiesta adquirió en la Iglesia católica. Por mucho tiempo la del *Corpus Domini* fue la única procesión en toda la cristiandad, y también la más solemne.

Hoy las procesiones han cedido el paso a manifestaciones y sentadas (en general de protesta); pero aunque haya caído la forma exterior, permanece intacto el sentido profundo de la fiesta y el motivo que la inspiró: mantener despierto el estupor ante el mayor y más bello de los misterios de la fe. La liturgia de la fiesta refleja fielmente esta característica. Todos sus textos (lecturas, antífonas, cantos, oraciones) están penetrados de un sentido de maravilla. **Muchos de ellos terminan con una exclamación:** «¡Oh sagrado convite en el que se recibe a Cristo!» (*O sacrum convivium*), «¡Oh víctima de salvación!» (*O salutaris hostia*).

o El peligro actual de banalizar la Eucaristía

Si la fiesta del *Corpus Domini* no existiera, habría que inventarla. Si hay un peligro que corren actualmente los creyentes respecto a la Eucaristía es el de banalizarla. En un tiempo no se la recibía con tanta frecuencia, y se tenían que anteponer ayuno y confesión. Hoy prácticamente todos se acercan a Ella...

Entendámonos: es un progreso, es normal que la participación en la Misa implique también la comunión; para eso existe. Pero todo ello comporta un riesgo mortal. San Pablo dice: «Quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual a sí mismo y después coma el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo».

Considero que es una gracia saludable para un cristiano pasar a través de un período de tiempo en el que tema acercarse a la comunión, tiemble ante el pensamiento de lo que está apunto de ocurrir y no deje de repetir, como Juan Bautista: «¿Y Tú vienes a mí?» (Mateo, 3,14). Nosotros no podemos recibir a Dios sino como «Dios», esto es, conservándole toda su santidad y su majestad. ¡No podemos domesticar a Dios!

(...)

- **La causa del estupor no es tanto la grandeza y Majestad de Dios cuanto su condescendencia y amor**

Pero no debe ser tanto la grandeza y la majestad de Dios la causa de nuestro estupor ante el misterio eucarístico, cuanto más bien su condescendencia y su amor. La Eucaristía es sobre todo esto: memorial del amor del que no existe mayor: dar la vida por los propios amigos.

4. El «asombro eucarístico»

Cfr. Juan Pablo II, Enc. «Ecclesia de eucaristía», 17 abril 2003

- ❖ a) sólo si nos asombramos por la presencia de Cristo entre nosotros en la Eucaristía, frecuentaremos la Misa: no es cuestión de pereza o de orden, es cuestión de fe.

- En el número 6 del documento, Juan Pablo II dice algo que puede sorprender: que con esta encíclica “desea suscitar en nosotros el «asombro» eucarístico”. La palabra, «asombro», podría ser como una especie de termómetro de nuestra salud espiritual, de nuestra fe. Si nos preguntamos, leyendo este texto, qué significado tiene meter ahí la palabra asombro, la respuesta llega un poco después, al continuar la lectura, porque dice el Papa que una de las metas que forman parte del programa de la Iglesia para el tercer milenio es precisamente el “saber reconocer a Cristo dondequiera que Él se manifieste, en sus múltiples presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre”, es decir reconocerlo especialmente en la Sagrada Eucaristía. Y ciertamente, si con el don de la fe reconocemos a Cristo en la Eucaristía, no hay duda de que nos asombraremos:

... sólo si nos asombramos por la presencia de Cristo entre nosotros en la Eucaristía, frecuentaremos la Misa: no es cuestión de pereza o de orden, es cuestión de fe.

... Del mismo modo, sólo si nos asombramos por la presencia de Cristo que nos perdona en el sacramento de la Reconciliación, frecuentaremos la confesión: y no es cuestión de pereza o de orden, es cuestión de fe.

.... Del mismo modo, sólo si nos asombramos al encontrar por la fe a Cristo en los demás, viviremos la caridad, el espíritu de servicio frente a los demás, especialmente frente a los más necesitados: también esto no es cuestión de pereza, o de orden, o de ser despistados, es cuestión de fe.

- Cfr. Juan Pablo II: Exhortación apostólica postsinodal «Ecclesia in America», n. 12, 22 enero 1999.

- ❖ b) Vivimos de la Eucaristía cuando reconocemos la presencia de Cristo en ella.

- A propósito de esta fe en la Eucaristía como don que, agrandando la capacidad de nuestra inteligencia natural, nos hace penetrar más en la realidad hay otras dos afirmaciones del Papa:
 - “Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaus: «Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron» (Lucas 24,31)” (n. 6).
 - Y al final del documento, en la conclusión (n. 59): “Cada día, mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza” (Cf Lucas 24, 3.35).
- Estas afirmaciones del Papa, nos indican que, aunque sea de otro modo - el modo

sacramental – Jesús está presente en nuestro caminar en la tierra, igual que lo estuvo en el camino de esos dos discípulos de Emaús. Jesús está presente en los tabernáculos de las Iglesias. Cuando, por razones de trabajo, o por otras, voy de un sitio a otro en la ciudad; cuando salgo de casa o vuelvo; cuando llego al lugar de trabajo o cuando termino Si paso por delante de una iglesia que está abierta, ¿entro a saludar al Señor alguna vez, aunque solamente sea por medio minuto? Si no lo hago, ¿será por cuestión de pereza o de orden, o tal vez por falta de fe?

- En las biografías sobre el Cura de Ars, se cuenta que él encontraba en su iglesia con cierta frecuencia a un agricultor de su parroquia. Una vez se le acercó y le preguntó: ¿qué haces aquí, hablas con Él? No, respondió: yo le miro y él me mira. En el número 25 de la encíclica nos dice Juan Pablo II: “¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!”

- De todo esto deducimos la validez del culto a la Eucaristía, culto de adoración: exposiciones del Santísimo, procesiones, visitas al Santísimo, oración delante del Santísimo
- De este modo también reconocemos el pleno sentido de responder “Amen/Así sea, cuando el sacerdote antes de comulgar nos presenta la forma consagrada y proclama: el Cuerpo de Cristo.

5. La procesión del Corpus hace presente a Cristo por los pueblos y las ciudades del mundo. Pero esa presencia, no debe ser cosa de un día, ruido que se escucha y se olvida. Ese pasar de Jesús nos trae a la memoria que debemos descubrirlo también en nuestro quehacer ordinario.

Cfr. San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 156

- ❖ Porque las manifestaciones externas de amor deben nacer del corazón, y prolongarse con testimonio de conducta cristiana. Si hemos sido renovados con la recepción del Cuerpo del Señor, hemos de manifestarlo con obras.
 - o **Que nuestros pensamientos sean sinceros: de paz, de entrega, de servicio. Que nuestras palabras sean verdaderas, claras, oportunas; que sepan consolar y ayudar, que sepan, sobre todo, llevar a otros la luz de Dios. Que nuestras acciones sean coherentes, eficaces, acertadas: que tengan ese *bonus odor Christi*, el buen olor de Cristo, porque recuerden su modo de comportarse y de vivir.**

En esta fiesta, en ciudades de una parte y otra de la tierra, los cristianos acompañan en procesión al Señor, que escondido en la Hostia recorre las calles y plazas —lo mismo que en su vida terrena—, saliendo al paso de los que quieren verle, haciéndose el encontradizo con los que no le buscan. Jesús aparece así, una vez más, en medio de los suyos: ¿cómo reaccionamos ante esa llamada del Maestro?

Porque las manifestaciones externas de amor deben nacer del corazón, y prolongarse con testimonio de conducta cristiana. Si hemos sido renovados con la recepción del Cuerpo del Señor, hemos de manifestarlo con obras. Que nuestros pensamientos sean sinceros: de paz, de entrega, de servicio. Que nuestras palabras sean verdaderas, claras, oportunas; que sepan consolar y ayudar, que sepan, sobre todo, llevar a otros la luz de Dios. Que nuestras acciones sean coherentes,

eficaces, acertadas: que tengan ese *bonus odor Christi* (2 Co 2, 15), el buen olor de Cristo, porque recuerden su modo de comportarse y de vivir.

- **Junto a esa procesión solemne de este jueves, debe estar la procesión callada y sencilla, de la vida corriente de cada cristiano, hombre entre los hombres, pero con la dicha de haber recibido la fe y la misión divina de conducirse de tal modo que renueve el mensaje del Señor en la tierra.**

La procesión del Corpus hace presente a Cristo por los pueblos y las ciudades del mundo. Pero esa presencia, repito, no debe ser cosa de un día, ruido que se escucha y se olvida. Ese pasar de Jesús nos trae a la memoria que debemos descubrirlo también en nuestro quehacer ordinario. Junto a esa procesión solemne de este jueves, debe estar la procesión callada y sencilla, de la vida corriente de cada cristiano, hombre entre los hombres, pero con la dicha de haber recibido la fe y la misión divina de conducirse de tal modo que renueve el mensaje del Señor en la tierra. No nos faltan errores, miserias, pecados. Pero Dios está con los hombres, y hemos de disponernos para que se sirva de nosotros y se haga continuo su tránsito entre las criaturas.

Vamos, pues, a pedir al Señor que nos conceda ser almas de Eucaristía, que nuestro trato personal con El se exprese en alegría, en serenidad, en afán de justicia. Y facilitaremos a los demás la tarea de reconocer a Cristo, contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las actividades humanas. Se cumplirá la promesa de Jesús: *Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí* (Jn 12, 32).

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana